

## La función del velo

Para introducirnos al tema les evoco la siguiente observación: el cuerpo de aquel que ha dejado de existir es sustraído a las miradas. Según el marco en que ello sucede, algo hace las veces de velo: un pase de mano cierra los párpados sobre los ojos ya sin vida, un lienzo cae sobre el cuerpo o el rostro. Finalmente, la sepultura.

Esa sustracción tiene una función doble: por un lado, configura un borde para la angustia de quien mira ese cuerpo devenido resto mortal, pero también pone límite a la obscenidad de su mirada; por otro, para el que ha muerto, no sólo extiende un manto de pudor, velando la presencia de su despojo, sino que representa el inicio de los rituales que lo restituirán a la categoría de lo simbólico. De eso se trata en los funerales: quien ha advenido al mundo bajo el registro del nombre propio tiene derecho a ser sepultado, más allá de las singularidades de la trama histórica que haya vivido. Recordemos a Antígona, dispuesta a todo para que los restos de su hermano, muerto por orden de Creonte y abandonado a la intemperie, no sean devorados por los pájaros.

¿Cómo se han constituido estos velos? Para el ser hablante, la lengua del Otro constituye la primera morada; su primer ropaje es el velo simbólico constituido por la lengua materna. Es a través de esa lengua que él se arropará en la potencia del Otro materno, en esa omnipotencia que le permite orientarse como sujeto y montar su propia escena del mundo.

Pero si esta instancia constituye la morada primaria, no podrá habitar totalmente allí por el hecho de que el don de amor, la demanda que le llega con el lenguaje, parte de una falta en el Otro que no es posible reducir; y esta dimensión de la falta, ese margen más allá de la demanda -imperativa, incondicional- es lo que rescata al sujeto para el deseo. Caída del velo de la demanda que se metaforiza y se incluye en otro, aquél del deseo.

Porque no hay universo de discurso, es decir no hay significante que pueda significar su ser, en cada instancia de su constitución el sujeto se enfrenta a un punto de opacidad, que no lo nombra, que lo angustia y del cual se rescata por distintas vías articuladas: la marca del nombre propio, la imagen narcisista, el Ideal del Yo, el fantasma, conforman los velos con los que cuenta para localizarse en el puerto del deseo del Otro. Sabemos que paga allí el tributo con la fijeza de la compulsión a la repetición, que se vuelca en el padecimiento del síntoma y en el cuerpo, tomado en sus redes.

Entre lo que la vida trae y la muerte se lleva, en esa zona de transición, se instala la enfermedad que barre -al menos por un tiempo, aunque sea el del instante primero de apercebimiento- con todos los velos. Y ellos constituyen nuestras ficciones de raigambre simbólica y fundamental, que enmarcan realidad psíquica y goce.

De los que atraviesan esas instancias difíciles -concientes o no de ello- hay quienes se acomodan a las nuevas condiciones de vida y otros, que se disponen a morir.

El psicoanalista que aborda junto a ellos estas circunstancias extremas, necesita considerar tanto los efectos propios de la enfermedad, como su singularidad en tanto sujetos del inconsciente.

Cuando enfermamos, nuestro cuerpo se torna molesto, doliente, inquietante, aún siniestro. Puede no respondernos para las dos dimensiones que Freud consideraba como signos de un deseo en causa: amar y producir. Perdemos los parámetros habituales de la vida cotidiana y la condenada rutina de tiempo y espacio se fragmenta fuera de nuestra decisión. Debemos llevarnos a estudios, tratamientos, a veces de efecto violento y desagradable. Lugares, estados y personas desconocidas, profesionales en quienes confiamos o al menos querríamos confiar, pero que al mismo tiempo nos son extraños. Sin embargo, aunque la enfermedad sea esa irrupción de valor real que rompe con nuestra realidad y provoca efectos que pueden preverse, no permanecerá aislada en la economía libidinal de quien la padece. Será incorporada al resto de los contenidos psíquicos de manera singular y no predecible para el psicoanalista, determinada desde el fantasma con el que su paciente se sostiene como sujeto de deseo.

Y así ocurre, que si algunos reaccionan a los acontecimientos propios del enfermar, con estados depresivos y angustiosos más o menos intensos, otros pueden adoptar una posición de desconocimiento con respecto a la dimensión de la enfermedad o bien adaptarse demasiado a las circunstancias que la rodean.

Ese desconocimiento constituye un velo cuya función es de naturaleza diversa. Lo que en lenguaje común se llama una actitud negadora, puede ser por un lado un recurso para dosificar la angustia, darse el tiempo necesario para aceptar todo lo que significa estar enfermo. Con ello se movilizan muchos aspectos que pueden enfrentarse sólo paso a paso: nuestra posición frente a la muerte, la extrañeza del cuerpo, la incorporación del nuevo estado a la relación con los otros.

Pero por otro lado ese desconocimiento podría significar que la enfermedad ha encontrado su lugar en procesos psíquicos estructurales: haber entrado en consonancia

con la satisfacción que algunas neurosis encuentran en el sufrimiento, esa particular presencia del masoquismo. Como Freud nos advierte, toda neurosis conlleva un padecer que la hace valiosa para la tendencia masoquista presente en cualquier sujeto. Pero señala que es instructivo enterarse de que, contrariando toda teoría y expectativa, una neurosis que se ha mostrado refractaria a los empeños terapéuticos puede desaparecer, si la persona cae en la miseria de un matrimonio desdichado, pierde su fortuna o contrae una grave enfermedad orgánica. Aquí una forma de padecer ha reemplazado a la otra.

Si lo que en estos casos está comprometido es la retención de cierto grado de padecimiento y no sabemos hasta que límites, cabe interrogarnos sobre la naturaleza de nuestra intervención como analistas. Contamos como siempre con dos herramientas fundamentales: abstinencia y escucha, ambas enmarcadas por la transferencia. Si con ciertas enfermedades los tiempos corren y apremian, no podemos olvidar que nuestro acto sólo es efectivo en un mínimo marco transferencial y debemos trabajar para ello. En cuanto a la abstinencia, no es posible apresurar, dando lugar a nuestras expectativas, la aceptación de la enfermedad por parte del paciente, porque como antes señalaba, necesita enterarse en forma gradual o porque la misma puede propiciar su necesidad de sufrimiento. Esa prisa puede colapsar entonces la posibilidad de nuestra intervención. La Verdad para el sujeto es la verdad del inconsciente y tiene por ello estructura de ficción. Esto significa que no concuerda con los acontecimientos, pero tiene valor determinante y puede obrar para que no sean reconocidos. Nos movemos allí en un terreno en el que sólo nuestra escucha prudente puede orientarnos.

Les acerco las elocuentes palabras que el emperador Adriano escribe en la pluma de Marguerite Yourcenar: *Querido Marcos, He ido esta mañana a ver a mi médico Hermógenes, que acaba de regresar a la Villa después de un largo viaje por Asia. El examen debía hacerse en ayunas; habíamos convenido en encontrarnos en las primeras horas del día. Me tendí sobre un lecho luego de despojarme del manto y la túnica. Te evito detalles que te resultarían tan desagradables como a mí mismo, y la descripción del cuerpo de un hombre que envejece y se prepara a morir de hidropesía del corazón. Digamos solamente que tosí, respiré y contuve el aliento conforme a las indicaciones de Hermógenes, alarmado a pesar suyo por el rápido progreso de la enfermedad, y pronto a descargar el peso de la culpa en el joven Iollas, que me atendió durante su ausencia. Es difícil seguir siendo emperador ante un médico, y también es difícil guardar la*

*calidad de hombre. El ojo de Hermógenes sólo veía en mí un saco de humores, una triste amalgama de linfa y de sangre. Esta mañana pensé por primera vez que mi cuerpo, ese compañero fiel, ese amigo más seguro y mejor conocido que mi alma, no es más que un monstruo solapado que acabará por devorar a su amo. Haya paz. Amo mi cuerpo; me ha servido bien, y de todos modos no le escatimo los cuidados necesarios. Pero ya no cuento, como Hermógenes finge contar, con las virtudes maravillosas de las plantas y el dosaje exacto de las sales minerales que ha ido a buscar a Oriente. Este hombre, tan sutil sin embargo, abundó en vagas fórmulas de aliento, demasiado triviales para engañar a nadie. Sabe muy bien cuánto detesto esta clase de impostura, pero no en vano ha ejercido la medicina durante más de treinta años. Perdono a este buen servidor su esfuerzo por disimularme la muerte. Hermógenes es sabio, y tiene también la sabiduría de la prudencia; su probidad excede con mucho a la de un vulgar médico de palacio. Tendré la suerte de ser el mejor atendido de los enfermos. Pero nada puede exceder de los límites prescritos; mis piernas hinchadas ya no me sostienen durante las largas ceremonias romanas; me sofoco; y tengo sesenta años.*

Adriano señala que Hermógenes, además de sabio en su quehacer, tiene la sabiduría de la prudencia. Y aunque ya no cuenta con las virtudes de los nuevos remedios que habrían de curarlo, acepta que el médico finja contar con ello.

¿Hermógenes finge y Adriano perdona la impostura? Nos inclinamos a pensar que ambos saben de la proximidad de la muerte y sin embargo, aunque en posiciones no simétricas, necesitan sostener un sutil disimulo de la muerte. No es cobardía y engaño lo que está en juego, sino los recursos necesarios para que lo inevitable suceda de la mejor manera posible.

Miriam Grignoli